

Sonrisas contagiosas

- Decid: "¡Pis!" - dijo la maestra.
- ¡¡PIIIIS!! - repitieron los niños riendo.

La maestra sacó una bonita foto. Los chistes escatológicos nunca fallaban con los más pequeños. Cuando las risas cesaron las sonrisas seguían en sus rostros. El efecto dominó se desencadenó y el estado de ánimo mejoró por todo el colegio, y se fue extendiendo poco a poco hasta abarcar el pueblo entero al final del día.

- Señor, ¡pis!
- Vale, Alfredito, ya está hecha la foto, no hace falta que lo digas más.
- No, señor, que es que me hago pis - dijo Alfredito con las manos apretándose el vientre y las rodillas cruzadas. Entonces quien rió fue la maestra - ah, vale, perdona. Anda, vete con Valeria. Por favor, acompaña a la doctora y devuelve la cámara a la doctora.
- Claro - respondió la becaria - ven conmigo, Alfredito - le agarró de la mano.

La doctora Esteban, Esmeralda, estaba en el aula de informática.

- Gracias Valeria.

Conectó la cámara al ordenador y subió la foto a la carpeta correspondiente en la nube. La maestra Peral había hecho un muy buen trabajo, admiraba a Pilar, su forma de tratar a sus pequeños alumnos. En realidad admiraba a todos los educadores, la Universidad le obligaba a impartir algunos talleres y cursos, pero la docencia nunca se le había dado bien, ella

prefería la investigación. Como la que estaba haciendo en Villamiés, aquel acogedor pueblecito castellano.

En Ciencias Sociales era fundamental tener un buen equipo de campo recogiendo datos y documentando. Allí tenía a Valeria, su fiel becaria y alumna, y a la maestra Pilar Peral, “la seño Pili”, como decían los niños, ambas estaban haciendo un excelente trabajo.

Pero también estaba orgullosa del equipo electrónico, de los medios técnicos que había conseguido con la escasísima dotación económica asignada a su estudio. Las cámaras instaladas por el colegio y las calles del pueblo, con permiso del Ayuntamiento y los vecinos. Eran baratas y, aunque no grababan, cosa que había facilitado mucho aquellos permisos, sí usaban una aplicación, en principio creada para sacar buenas fotos con la cámara del móvil. Era libre y abierta y detectaba las sonrisas. Los informáticos de la Universidad la habían adaptado para que esa señal en lugar de enfocar la cámara a ese punto y avisar de que podías disparar, sirviera para que el programa principal alojado en su portátil contase las veces que la gente sonreía. Cada vez que le llegaba un “aviso de sonrisa”, el programa calculaba la posición y superponía un punto amarillo brillante sobre el plano del pueblo que Esmeralda tenía en pantalla.

En el momento de la foto de la maestra a los niños había estallado una explosión amarilla en el patio del colegio, luego dos puntos habían avanzado por el pasillo y otro más había aparecido en la sala de informática cuando ella misma había sonreído a Valeria y Alfredito.

Todo funcionaba bien. Los puntitos amarillos seguían moviéndose y multiplicándose poco a poco, extendiéndose por el plano en pantalla. En otra ventana, junto a él, una gráfica mostraba una curva ascendente, negra a trazos, con el rótulo “*ESTIMACIÓN PREVISTA*”. Casi paralelas a esa había otras curvas más a la izquierda, con rótulos que incluían nombres

de otros pueblos y fechas anteriores. Eran los resultados del mismo experimento que ya había hecho en otros lugares. Una curva más se estaba trazando sólo, latiendo en amarillo, a la derecha de todas, y su rótulo intermitente decía: “*Villamiés. TIEMPO REAL*”.

La doctora se acercó a la pantalla, mordiéndose el labio inferior.

- Venga, venga, ¡arriba! - decía, esperando que la curva se empezase a elevar siguiendo una trayectoria parecida a las anteriores y, sobre todo, a la negra a trazos, y lo hizo - ¡bien! - otro punto amarillo surgió en el plano, el de su propia sonrisa en ese momento.

Dio un puñetazo hacia el techo celebrando el éxito. Una vez más, todos los datos confirmaban su tesis. Ahora podría dar por terminado el trabajo de campo y volver a casa, al fin.

“*CONCLUSIONES*”, escribió, “*se puede considerar que es posible estudiar mediante procedimientos matemáticos la propagación del gesto de la sonrisa en contextos sociales, como indicio de buen estado de ánimo. Puede ser útil para evaluar objetivos de mejora del ambiente social que, a su vez, favorece el bienestar y la salud individuales. Queda demostrada la validez de las fórmulas utilizadas tras verificar su capacidad predictiva en la sucesión de experimentos descrita a lo largo del presente estudio*”. Su sonrisa se amplió aún más y se echó hacia atrás en la butaca tras pulsar el botón “ENVIAR”.

Rió. El Rector estaría orgulloso de ella, la publicación del artículo en las principales revistas estaba asegurada con esos resultados. Al principio había dudado en apoyar un proyecto tan sorprendente, tratar de estudiar científicamente “*la magia de una sonrisa*”. La doctora Esmeralda Esteban se había inspirado en una cita de uno de sus escritores preferidos, la

tenía en la pared de su despacho en la Facultad, la conocida como Tercera Ley de Clarke: “Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es totalmente indistinguible de la magia”. Se le ocurrió que quizá, si fuese así, se podría trabajar con cualquier cosa que consideremos magia como si fuera tecnología, incluso con *la magia de la sonrisa*.

Su arriesgada idea había sido adaptar los métodos estadísticos, las variables R0, el concepto de ritmo de reproducción, etcétera, desarrollados para estudiar la propagación de la última pandemia vírica. Estudiar cómo se contagiaban las sonrisas usando los mismos medios aplicados para estudiar cómo se había contagiado el coronavirus.

Su propia sonrisa se congeló al recordar aquella tragedia, que había borrado todas las sonrisas en las calles del mundo, tapándolas con tristeza y mascarillas.

Entonces recordó otra cosa. Era la una y cinco, a la una habían anunciado un comunicado del Gobierno respecto al rebrote de la enfermedad. Abrió la web de noticias y dio otro puñetazo, esta vez no hacia el techo, sino en la mesa. El rebrote era real y violento, se decretaba una vez más el confinamiento inmediato, nadie podría salir de la localidad en la que estuviese en aquel momento. No iba a volver a ver su familia tan pronto como había creído.

- Doctora, ¿está bien? - preguntaba Valeria, desde la puerta.
- Valeria... - dudó cómo darle la mala noticia - ...no, no estoy bien. Cuarentena, otra vez.
- ¿Cuánto tiempo?
- Quince días. En principio...
- ¿Qué pasa, qué pasa? - interrumpió Alfredito, preocupado.

- Nada, Alfredito - intentó calmarle la doctora - no voy a poder irme a casa como os dije que iba a hacer hoy...
- ¿Te quedas con nosotros?. ¡BIEN!

Sonreía con una alegría que mostraba plenamente el cariño que los niños y mayores del pueblo le habían cogido durante aquellas semanas. Sintió como una onda de felicidad y gratitud recorriendo su cuerpo desde el corazón , haciéndola sonreír.

Fue entonces cuando lo sintió, las matemáticas no podían describir eso por muchos experimentos que las contrastasen, solo al ver esa sonrisa en la cara de un niño se podía conocer cuál era la esencia de la magia de una sonrisa.

FIN